

nuestra lucha defensiva como una cuestión nacional, como una rivalidad étnica, entre sajones y latinos. Esta concepción me parece falsa y el *aprismo* la condena. Nosotros luchamos contra un sistema económico que se proyecta sobre nuestros pueblos como una nueva conquista. Nosotros los *apristas* no tenemos una concepción racial de nuestra defensa contra el imperialismo yanqui. El programa del *Apra* es muy claro en este sentido y me parece concluyente lo que al respecto dice, en la página 6, el folleto que contiene la *Declaración de Principios de la Sección Costarricense del Apra* (Edic. San José, 1929) que dice a la letra:

*"La causa anti-imperialista del Apra no supone una lucha nacionalista contra el pueblo norteamericano, sino contra el sistema económico, político y social bajo el que está sojuzgado y en cuyo nombre se cometen las más flagrantes violaciones del derecho de los pueblos débiles."*

Esta declaración me parece definitiva. Encuadra perfectamente dentro de la realidad. El imperialismo existe y son los mismos norteamericanos quienes lo reconocen. En el interesantísimo libro *Dollar Diplomacy* escrito por Scott Nearing y Joseph Freeman (Huebsch & The Vinking Press, Editores N. Y.) obra que todo latinoamericano interesado en nuestros grandes problemas debe leer, releer y conservar sobre su mesa de trabajo, se puede encontrar la historia más documentada que hasta ahora se haya escrito en América sobre el Imperialismo. Ese libro no hace una sola información sin referirse a fuentes oficiales o solidamente autorizadas, y su título está justificado en la página 264, cuando dice: «Durante la Administración Taft el apoyo que el Departamento de Estado dió a los inversionistas americanos desarrolló una definitiva y clara política que se reconoce generalmente como «la diplomacia del dólar». En esa misma obra (pág 267) se cita el famoso discurso de Wilson en Alabama sobre las concesiones e inversiones en América Latina bajo condiciones que capacitan a los intereses extranjeros «a dominar en los asuntos interiores» de nuestros países, una situación que «es siempre peligrosa y deviene intolerable».

Para citar solo un ejemplo más, me remito al interesantísimo artículo del Senador Henrik Shipstead, Miembro del Comité de RR. EE. del Senado de Washington, quien en la revista *Courrent History* (Setiembre 1927, pag. 886) dice refiriéndose a la acción imperialista de su país en los latinoamericanos: «Los ejemplos pueden multiplicarse indefinidamente y todo ciudadano americano bien informado, sabe

hoy que nuestra política presente en la América Latina es de franca agresión económica y que lleva consigo una dictadura política».

El *Apra* quiere cumplir la tarea histórica de defenderse contra esa política de «franca agresión económica» porque sabe que «trae consigo una dictadura política».

Una de las manifestaciones de esa «dictadura política» que trae el imperialismo, fue sin duda mi expulsión ordenada y cumplida brutalmente por el Gobierno de Guatemala y la que días después repitió el Gobierno de El Salvador. Una de las causas de esos hechos escandalosos las señala Ud. en su interesante carta cuando se refiere a «los gobiernos que no pierden ocasión de demostrar su servilismo a la Secretaría de Estado de Washington, más allá tal vez de lo que la misma oficina pudiera tener por bien dispuesto con arreglo a sus prestigios y a la dignidad internacional.» Efectivamente, ese servilismo tiene ya fama universal. Cualquiera europeo medianamente culto tiene una idea más o menos clara de esa dolorosa verdad. Los escritores independientes de Europa, cualquiera que sea su filiación, clasifican públicamente a los gobiernos de Guatemala y El Salvador, y a los de Nicaragua, Haití etc., como totalmente subordinados al imperialismo. No creo que, ni por el bajísimo grado de cultura de los funcionarios que dominan esos países, ni por su correlativo grado de moralidad política, pueda imaginarse otra cosa. «El macheterismo» a que Ud. se refiere significa arrogancia, crueldad y despotismo con los propios, y sumisión, rendimiento y reptante humillación ante los extranjeros. Los crueles son generalmente los más cobardes y el abuso con los débiles es psico-patológicamente una demostración de inferior debilidad.

Pero busquemos en las «causas de servilismo tropical» y encontraremos también al imperialismo. Yo fui expulsado de Guatemala y de El Salvador por insinuaciones de la Legación Norteamericana, vale decir, órdenes para los gobiernos de esos países que no tienen otra libertad que la de abusar sobre sus propios pueblos. Empero, las órdenes que dieron las legaciones

salieron de las compañías explotadoras norteamericanas. La United Fruit que tanto tuvo que ver, y tiene aún, en la lucha de límites entre Guatemala y Honduras vió en mí un peligroso enemigo, porque la acusé sin ambages de comerciar con el ingenuo patriotismo chico de esos países. La influencia de la United se ejerció también en El Salvador, porque aunque en ese país no tenga intereses directos Ud. sabe que la United posee seis millones de bonos del nefasto empréstito de 1923 que tiene dominado al gobierno y pueblo salvadoreño, empréstito que dió al Secretario de Estado de Washington «la superintendencia de las rentas de aduanas de la República de El Salvador (véase el citado artículo del Senador Shipstead, pág. 886.) Fue la United la que no pudiendo conseguir nada contra mí en Costa Rica, consiguió mi expulsión de Panamá a Europa, sin dejarme embarcar en un país cuya visa diplomática tenía.

Esta influencia definitiva de las grandes compañías sobre los funcionarios diplomáticos norteamericanos tiene muchos ejemplos. Usted sabe que la reciente condena del ex-Secretario del Estado Fall, convicto de recibir una gruesa suma como soborno del millonario Doheny, demuestra evidentemente el poder de los capitanes del imperialismo sobre ciertos funcionarios del Estado Norteamericano. Es ese mismo multimillonario Doheny quien enfáticamente definía la situación diplomática entre México y los Estados Unidos como «una disputa entre los petroleros y nuestro gobierno (Americano) de un lado, y el Gobierno de México del otro». (*Dollar Diplomacy* pag. 117). Otro ejemplo, el más ruidoso de todos, es el que se refiere a la complicidad del embajador norteamericano en México, Lane Wilson, en el asesinato del presidente Madero. El primer voluminoso tomo de la obra escrita en castellano e inglés sobre este asunto ha sido ya publicado, y lo leí en Nueva York en 1927. Por no tenerlo ahora en mis manos no lo cito refiriéndome a sus editores como acostumbro. Otro ejemplo, el más reciente de todos acaba de producirse en el Perú, donde el señor Leguía hizo entre otras muchas concesiones desastrosas para

la economía nacional, una a la Empresa Norteamericana Lee para construir un ferrocarril en parte de los territorios que el Ecuador reclama como suyos. Por la protesta enérgica del gobierno de Quito el señor Leguía ha tenido que someterse y se vió obligado a cancelar la concesión. Pues quien se ha presentado como abogado y apoderado general de la empresa Lee ante los tribunales de Washington no ha sido otro que Mr. Poindexter, ex-embajador en Lima, cuya participación en la concesión ha sido así descubierta.

Es secreto a voces que debido a la creciente corrupción de la diplomacia norteamericana, el presidente Hoover ha decidido tomar medidas radicales renovando al cuerpo de funcionarios que actúan como jefes de misión en las embajadas y legaciones radicadas en nuestros países. La designación de un minero como Mr. Morrow, aparentemente incorruptible por las compañías petroleras, ha sido un caso que el gobierno de Mr. Coolidge se adelantó a probar con éxito. Por eso se ha designado al multimillonario Gughemhaim como embajador en Cuba, y muchos otros potentados han sido señalados para las embajadas y legaciones en los países donde las compañías explotadoras norteamericanas ejercen mayor influencia.

He citado todos estos casos para demostrar que mis expulsiones de Guatemala y El Salvador no se deben únicamente a órdenes de Washington sino a influencias de las grandes compañías imperialistas que presionan a sus propias legaciones y usan de éstas para influir en gobiernos que tienen absolutamente a sus órdenes. Como no tengo en mis manos aún varios documentos que se relacionan con esas expulsiones, me reservo de aludir a ellos, pero ya me parece un síntoma el enfermizo encono del señor Aguirre Velázquez contra mí, siendo conocido en toda América ese señor como un consocio, o cómplice, de los manejos de la United en su país.

Y por este camino y a propósito del aludido Velázquez llegamos a otro punto de su carta, referente a la necesidad de que el *Apra* «cambie de rumbos», orientando su acción más eficazmente contra nuestros propios males, contra nuestra corrupción política, contra todo lo que en nosotros y dentro de nosotros abre las puertas al imperialismo, le vende la riqueza de nuestros pueblos y enajena la soberanía de nuestros estados. ¡Estamos totalmente de acuerdo, mi ilustre y buen amigo!

El *Apra* no necesita «cambiar rumbos» para eso. ¡Son sus rumbos! El *Apra* es el resultado de la lucha de los buenos ciudadanos de Amé-

*Juramento que prestaban los efebos de Atenas al incorporarse en la ciudad:*

*No deshonraré las armas sagradas que la patria me confía, y no abandonaré mi compañero de fila. Combatiré por todo lo que es santo y sagrado, con muchos o solo, y no entregaré a los que me sucedan la patria disminuida, sino más grande y más fuerte. Obedeceré a los magistrados y a las leyes, y si alguno derriba las leyes o las desobedece, las vengaré, solo, o con mis conciudadanos, y honraré la religión de mis padres. Invoco a los dioses en testimonio de mi juramento!*